

1 Ambientación paisajista de la Misa del Gallo

2 Recuerdos y emociones personales de tan señalada conmemoración

Rvdo. Jorge Bachs

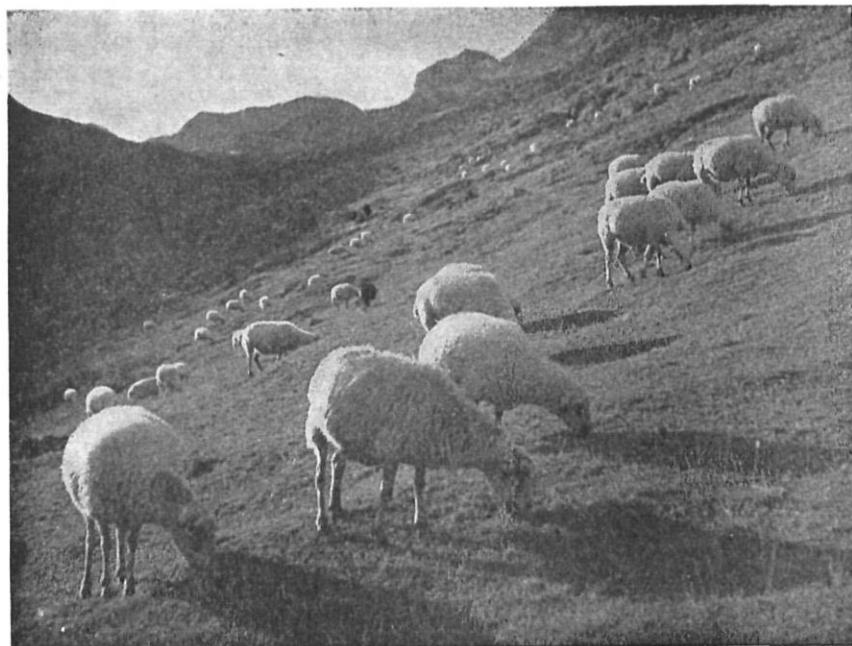
Profesor del Seminario - Colegio del Collell

1 El año pasado me escribía un amigo sacerdote que pasaba por primera vez las Navidades lejos de casa, en el Brasil: «Debo hacer un esfuerzo enorme para creer que esta noche es Navidad. Desde mi ventana diviso un bosque de palmeras exuberantes. Gruesas gotas de sudor resbalan por mi frente. El termómetro: 35 grados a la sombra. La noche muy corta. Apenas diviso las estrellas...»

Mi amigo, en el Trópico, echaba de menos algo en apariencia insignificante al lado de la profunda realidad del Misterio; pero ese algo lo llevamos tan metido en la entraña que sin ello Navidad no es Navidad.

Con los primeros fríos de invierno, cuando en Gerona la Dehesa se hace transparente y nuestra amiga la niebla nos espera cada mañana en la puerta de casa, presentimos el Prodigio que se acerca. Tras los montes de nuestra Garrotxa vemos asomar el viejo Canigó con sus barbas blancas. De Costabona al Puigmal todos los ricos han encanecido. Y de San Daniel nos llega el olor a musgo, a bruscos y pitas.

Silba la tramontana. Los pájaros callan.



Paz en la montaña.

Foto Sr. Quiroga

Los ríos, inmóviles, duermen.

El cielo gris.

Y en el corazón una estrella que nos lleva a Belén, al altar.

El paisaje amasado de calma y de paz.

Entonces, a las doce en punto de la noche, ya puede nacer el Mesías. Porque hace frío y los árboles duermen. Y ayer cayeron unos coños de nieve. E igual que otros años llega la alegría y penetra mis huesos.

Y si fuera al bosque, siguiendo el sendero del musgo, allí en el recodo, en aquella cueva, sé que encontraría, entre pajas, un niño envuelto en pañales, en brazos de su madre...

Por la mañana, al salir el sol y levantarse la niebla, vería en el llano los ríos tranquilos, cansinos; y tras el telón de montañas grisáceas las barbas de Canigó...

Esta es nuestra Navidad. No podemos imaginar otra fuera de este paisaje, de este marco, de este ambiente, hecho canto y poesía por la gracia, renovada cada año, del gran Misterio.

2 Cuando niño, nada me emocionaba tanto en los días grises o claros de Navidad, como la contemplación de las figuras de pesebre, tras los cristales, en los pocos escaparates de la ciudad.

Por largos ratos, sin notar el paso del tiempo, dialogaba quedamente con ellas. Formas triviales a primera vista: la mujer del ánfora, el pastor con la oveja al cuello, el de la flauta, el que lleva un haz de leña; el del conejo y el de la gallina; el hombre con los dos camellos, el de la burra... ¡Cómo se iluminaban a la luz del Pesebre!

Menos el pastor de la flauta que oteaba el rebaño, el que hacía la sopa y el otro que dormía, las demás figuras andaban. Seguían un camino, el de la estrella.

Cada año compraba algunas. Me las envolvían en un papel blanco y fino. Yo las sentía palpitar, llenas de vida, entre mis manos de

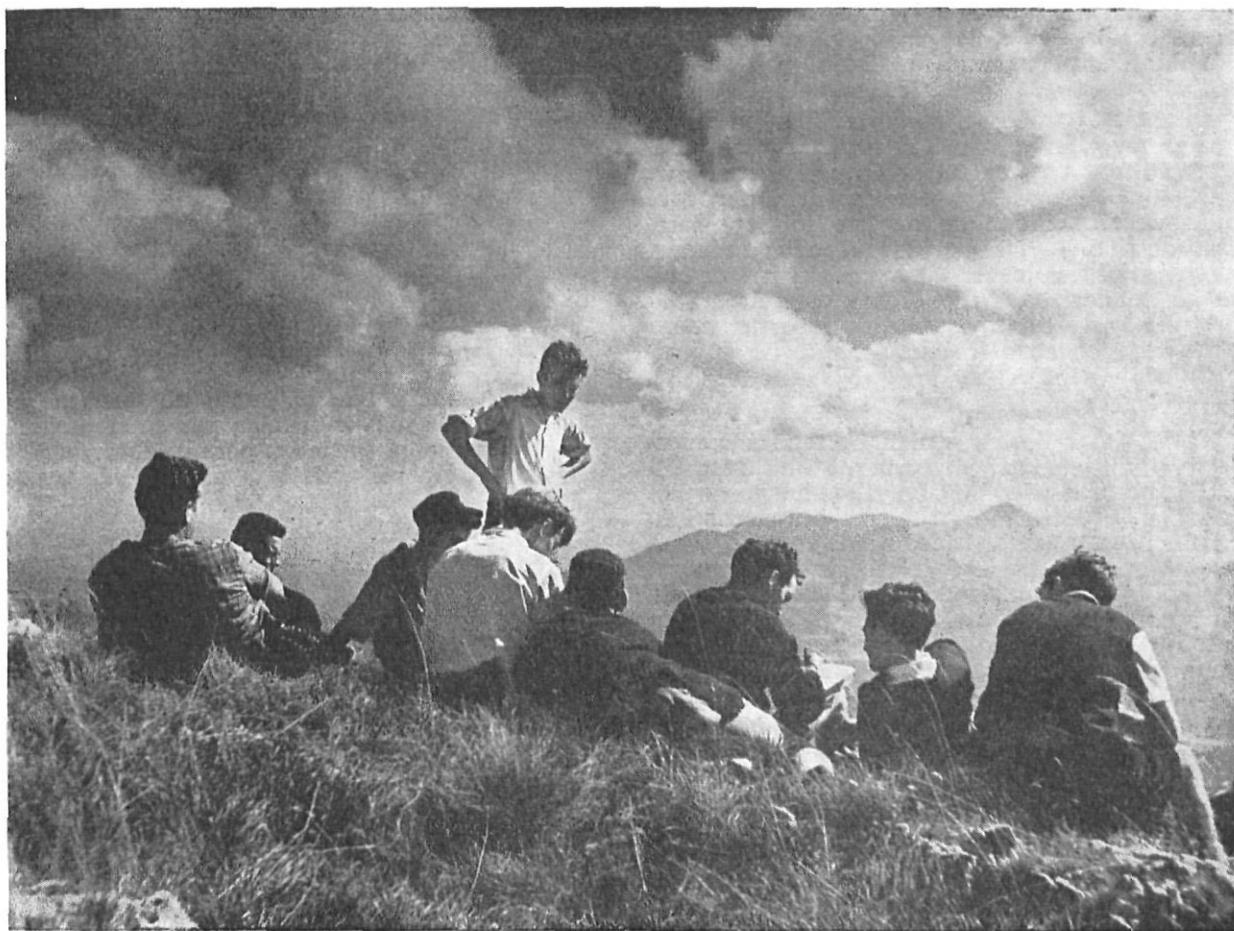


Foto Sr. Quiroga

REVISTA DE GERONA dedica la encuesta de este número de invierno a un emotivo aspecto de la grandiosidad de la Navidad y sus tradiciones que con tanto arraigo se celebra en nuestra Patria.

niño. Temía hacerlas daño. Camino de casa percibía su compañía.

Y al ponerlas en mi pesebre sobre el verde musgo de un prado, en el sendero que iba a Belén o en la cueva de los pastores, iba comprendiendo plásticamente el Prodigio de aquella noche única. Y el misterio culminaba cuando al salir hacia la iglesia —estaban para dar las doce de la noche— colocaba en la cuna con cuidado al Niño que mi madre —sólo ella sabía hacerlo— envolvía, cada año, delicadamente en unos diminutos pañales blancos y nuevos.

Recuerdo también una noche de Navidad maravillosa en un pueblo del Pirineo. Arriba en los picos, blancos de nieve, soplaban fuerte ventisca. Diminutos copos de nieve-polvo se perseguían en el misterio de la noche. El aire seco, glacial. Las estrellas tiritaban.

Aquella noche, mi primera Navidad de sacerdote (el monaguillo tocó la campanilla y el pueblo se inclinó reverente), Dios nació en la pobre cuna de mis propias manos.

Serafín Sureda

Vocal de Montaña del G. E. y E. G.

1 En este mundo tan complejo, cada cual puede crear su ambiente navideño a la medida de su gusto. Nosotros, los hombres de la Sección de Montaña del G. E. y E. G., la ambientamos, de un tiempo a esta parte, celebrando la misa del Gallo en un pueblo de montaña, de típicas casas y tortuosas calles, con sus porches y arcos y a ser posible con algún puenteclillo. La iglesia, románica o gótica, la buscamos lo más austera y acogedora. En un soportal, el más apropiado, montamos un nacimiento viviente, con su mula, su fuego, su pastorcito tocando el «flaviol», San José y la Virgen; al pasar la comitiva, a lo lejos se oyen cánticos celestiales; van iluminados por «teieras» estratégicamente colocadas, para darle un ambiente más misterioso. Frente a la iglesia quema una gran fogata, que ilumina la fachada y el campanario, que se divisa a lo lejos, y al mismo tiempo calienta a los teridos y emocionados.

nados «pastores» de aquel inmenso pesebre. En la adoración del Niño Jesús van primero dos pastorcitos, típicamente ataviados con su «samarra», «esclops» y «barretina».

Desde el coro les preguntan: «A on va la pastoreta, a on va sense el remat», y ella contesta: «Aquí baix en un pesebre a veure Jesús que's nati», etc.; el pastor canta: «Jo soc el petit vailet...», todo de nuestro folklore catalán, tan rico. A continuación van todos a adorar, mientras el coro canta villancicos al son discreto de panderetas, ruiñones y «ferrets». Sólo los que han estado en alguna de estas misas del Gallo, conocen lo emocionante de su ambientación paisajística.

2 De estas fiestas ¿quién no tendrá recuerdos y emociones? Recuerdo una misa del Gallo; sería el año 1933, en el santuario de Rocacorba. Espectáculo navideño franciscano lo califiqué yo. Eran las doce menos cuarto cuando llegamos al pie de la roca que en forma de quilla de barco sostiene al santuario, todo blanco de nieve, con un claro de luna que hacía resaltar más aquel ubérrimo paisaje. En aquel momento subían la roca los feligreses de Serralta, de «can Vives» y de los contornos; embozados con sus tapabocas, con alguna barretina que destacaba sobre la nieve. La campana anunciaba la misa con un sonido extraño y misterioso que yo nunca había oído (seguramente debido a la nieve), subían todos silenciosos, abriendo con sus zuecos camino en la nieve, hasta perderse en el porche resguardo de la arqueada puerta de la ermita.

Aquello sí que era una auténtica estampa navideña en donde todo tenía vida; el intenso frío me hizo despertar de aquel sueño viviente y real.

Al entrar en la iglesia y ver la sencillez de aquellas gentes, del ministro de Dios que oficiaba, del pastorcito que con ruido de zuecos le ayudaba, de aquella imagen de la Virgen,

toscamente esculpida en alabastro, todo a la luz rojiza de unos cirios amarillos casi acabados; que a la hora de la Elevación imaginé a San Francisco recibiendo al Niño Dios para ser adorado por aquellas gentes, tal y cual serían aquellos que lo hicieron en Belén. ¡Y cuán a gusto bajaría allí el Divino Niño! Si dijera que lloré, no mentiría.

Ramón Marqués

Dol Grupo Excursionista del G. E. y E. G.

1 Considero que el punto de nuestras comarcas más adecuado, por su situación y por el ambiente evocador para celebrar la misa del Gallo, era sin duda la ermita de Nuestra Señora de Rocacorba.

Tanto es así que, durante muchos años, el G. E. G. la escogió para este acto; aunque posteriormente se truncó la tradición porque cada año ha sido mayor el número de personas deseosas de oír la misa fuera de la población y a muchas de ellas no les era posible hacer el esfuerzo de subir hasta la montaña de Rocacorba. Además, la cooperación de la Choral del Grupo también contribuyó a tomar la decisión de buscar otros lugares con más facilidades de desplazamiento.

2 Ya empezaban las emociones con los preparativos para la subida a la montaña; después los incidentes y notas jocosas que se sucedían en una ascensión de noche y, por último, con la solemnidad de la misa celebrada en una pequeña iglesia, humilde entre las más humildes y, por ello mismo, tan evocadora del nacimiento de Jesús.

Venia después la amable y simpática reunión de todos los asistentes, unidos en una cena de camaradería, en la que reinaba la más sana alegría, viendo a través de la escarcha que velaba las ventanas, y como telón de fondo, un fantástico paisaje que en la noche semejaba un enorme pesebre, con la ermita colgada como un belén en lo alto para estar más cerca de las estrellas.

Y como final, el descenso de la montaña para regresar a la ciudad, con los albores del nuevo día que se anunciaría, pero ya con los párpados un poco pesados para admirar tanta belleza, con la atención que se merecía.

Posteriormente también conservamos un grato recuerdo de las otras misas del Gallo celebradas en sucesivos puntos, a las que prestaban solemnidad el gran número de asistentes y los dulces cánticos de nuestra bien amada Choral.



Foto Sr. Quiroga